



Los sábados de Andrés Sabella.

Carlos Droguett

★ Lo que se acaba de premiar en Carlos Droguett es su honestidad literaria, es su lealtad a la tarea de escritor y, también, naturalmente, la calidad renovadora de su prosa, que es lo visiblemente interesante en sus libros. Droguett no ha permanecido inmerso en viejas maneras de narrar. Ha querido airear el estilo, vigorizarle con novedad, llevándolo adelante en una especie de hermoso sonambulismo.

Para Droguett, la novela no es una lenta corriente de episodios en los que la luz de la realidad recrudece. Es muchísimo más: es una construcción dentro de la cual se mueven sus personajes, pensando siempre, desollándose por dentro, actuando con toda su violencia, hasta conseguir traspasarle al lector el fuego que los consume.

Los novelistas americanos de nuestro tiempo se han sentido responsables del destino de la narrativa y no admiten seguir siendo siervos de la tradición: han saltado a la literatura para tomarla por el cuello y arrancarle cuanto pudo ser antes valioso, pero que, ahora, se ha convertido en un lastre. Droguett se encuentra entre estos reformadores, ensayando, sin miedo ni descanso. Es un escritor en quien la vida hierve y en quien el laboratorio del oficio ejerce una buena, una saludable, influencia de originalidad. Porque Droguett es un novelista a toda vela.

Los críticos descubren en sus libros los rastros de Joyce, aquel modo tempestuoso de conducir los textos. Otros piensan en Proust y en Kafka y, más allá, algunos le afilian al grupo norteamericano, consignándole el padrinazgo de Faulkner. Es posible que de todos ellos haya recogido nuestro novelista más de una brizna. Mas, ¿que duda cabe que supo escoger, únicamente, las precisas y, en seguida, mezclándolas con su

alma, las perdió, para ganar algo, exactamente, suyo?

Su labor se inicia con **"Sesenta Muertos en la Escalera"**, en 1943; aguafuerte de la masacre del Seguro Obrero de 1938. En estas páginas, se levanta el Carlos Droguett que, en sucesivas muestras, alcanzará a **"Patitas de Perro"** en 1965, definiéndose como un verdadero forjador de estilo. Esta virtud se evidencia en **"Eloy"**, en 1959, y en **"100 gotas de sangre y 200 de sudor"**, en 1961.

En **"Eloy"**, la vida del famoso bandido chileno el Nato Eloy, las palabras —así, las recordamos—, parecen embravecidas, parecen aliarse al heroísmo del "roto" y no ruedan, sino que corren, vertiginosas, sobre las cuartillas. En nuestra memoria de lectores, **"Eloy"** resuena. Es una novela a la que es posible percibirle olor a sudor, a hombre quemado en su propia dignidad, a sangre que se encrespa en su tragedia.

Diversa es la fibra de **"100 gotas de sangre y 200 de sudor"**. El héroe, aquí, es don Pero Sánchez y el tiempo de su acción, el tiempo de la Colonia, cuando el hambre —personaje en las entresombras del drama— penetra en las calles de Santiago y la antropofagia anduvo en Chile, con los dientes en blanco, olfateando la carne de los camaradas. En el transcurso de esta historia, ¡cuánto dibujo de graciosas volutas estéticas! A Droguett no le desvela la historia. Lo desvela el arte. En sus últimos libros, (**"El Compadre"** y **"El hombre que había olvidado"**), el novelista, que ha venido compartiendo la agonía del hombre contemporáneo, alcanza una limpia tensión de ternura cristiana.

El Premio Nacional de Literatura vino, pues, a manos de un escritor con merecimiento en lo realizado y porvenir de seguras ventajas.